

XXXIX. LA ESENCIA DE DIOS

Una definición mínima de Dios es necesaria para preguntar si acaso Dios existe. Aunque los expertos en filosofía discrepan acerca de cuál puede ser de forma exacta esta definición mínima, anterior a una determinación de los atributos divinos que completan el conocimiento humano de su esencia, me parece que la pregunta por la existencia de la divinidad se refiere a alguna realidad que, como mínimo, sea superior al universo visible (incluyendo a los seres humanos y su mundo) y que ejerza sobre este un control desde esa superioridad. No se prejuzga así si lo divino es un solo ser (monoteísmo) o son muchos seres que, en su conjunto, son superiores y de quienes depende el mundo visible (politeísmo, con dioses para los océanos, los cielos, la fertilidad, etcétera). No se prejuzga si ese dios o esos dioses o la divinidad en su conjunto es una realidad física o espiritual, si es libre o no, si está en el tiempo o fuera de él. Se trata de una noción mínima para plantear la pregunta por la existencia de lo divino, apenas como un punto de partida para comenzar a indagar sobre su esencia.

Con más precisión, apoyándonos en un texto de santo Tomás, podemos decir que lo divino, la divinidad o el Dios sobre cuya existencia preguntamos ha de tener estas tres características mínimas: *i) superioridad* respecto de todo el universo (no solamente respecto de los seres materiales o de los seres humanos: seres extraterrestres no humanos, mil veces más inteligentes y fuertes, no serían por eso dioses); *ii) trascendencia en el ser*, es decir, que existe más allá de la realidad inmediata visible y, de modo especial, de los seres humanos, que son quienes buscan esa divinidad o se preguntan por ella, y *iii) dependencia no recíproca*: el mundo —incluidos los hombres— debe depender de la divinidad y no a la inversa, ya sea en su origen (aun cuando después la divinidad no se ocupara del mundo), ya en su continuación en el ser, ya en su obrar. Santo Tomás ofrece esta definición mínima de Dios cuando afirma: “Este nombre [Dios] fue impuesto para significar algo que existe por encima de todas las cosas, que es principio de todas las cosas y

que está separado de todas las cosas”.⁴⁷⁸ En efecto, la pregunta recurrente en la humanidad es sobre la explicación inteligible del mundo visible y de los acontecimientos por una fuente última y trascendente, y sobre nuestra relación con esa fuente de la que dependemos.

De esta manera, la respuesta afirmativa sobre la existencia de la divinidad deja abierta la posibilidad de negar la existencia de un dios o de dioses concebidos de una forma más determinada. Por ejemplo, alguien puede negar que Dios existe porque entiende por tal un ser del que se le ha dicho que quiere el mal para los hombres, o que es mentiroso. Si tales fueran los únicos dioses de su cultura, podría pasar por ateo o por blasfemo, cuando en realidad su razón natural podría aceptar la existencia del Dios verdadero. Lo dicho significa que personas, culturas y religiones muy diversas pueden estar de acuerdo en que existe la divinidad, en el sentido mínimo ya indicado, a la vez que procuran relacionarse con lo divino discrepando de modo profundo acerca de cómo es. La distancia puede ser tal que, juzgadas desde la filosofía conforme a la recta razón y desde la religión verdadera, que concibe a Dios según la verdad y tal como Él se ha revelado, podría concluirse que algunas religiones falsas tributan el culto, que se debe al Dios verdadero, a una divinidad desfigurada o a dioses falsos, ídolos, construcciones de su imaginación, invenciones de figuras llenas de vicios y de maldad, e incluso a los verdaderos demonios. Una persona podría incluso adherir —por la fe— a la verdadera religión (*i.e.*, a la religión católica) y, sin embargo, cometer errores privados en su concepción de cómo es Dios. Por ejemplo, un católico que adhiere a la fe de la Iglesia y, en ella, a todo cuanto Dios ha revelado y que la Iglesia propone para creer como tal, podría haber sido mal instruido y cometer el error privado de creer que Dios no premia a los buenos ni castiga a los malos, o que no fue libre para crear el universo, o que no interviene en la historia humana. De ahí que, para una correcta aproximación a la verdad sobre lo divino, la razón natural debe proseguir, más allá de las conclusiones positivas sobre la existencia de Dios, hacia la determinación de cómo es Dios en sí mismo.

Ya Platón, en el segundo libro de su *Republica*, da indicaciones sobre cómo se debe hablar de Dios: como “Dios es bueno”⁴⁷⁹ no puede decirse

⁴⁷⁸ *S.Th.*, I, q. 13, a. 8, ad 2. Véase el detallado tratamiento y la discusión contemporánea en Twetten, David B., “To Which «God» Must a Proof of God’s Existence Conclude for Aquinas?”, en Houser, R. E. (ed.), *Laudemus viros gloriosos. Essays in Honor of Armand Maurer*, Notre Dame, Indiana, CSB University of Notre Dame Press, 2007, pp. 146-183. Agradezco al profesor Santiago Orrego la orientación en esta materia.

⁴⁷⁹ *Rep.* II, 379c.

que cause el mal, ni se le pueden atribuir vicios como la lujuria o la mentira.⁴⁸⁰ La razón natural puede, en consecuencia, refutar las religiones falsas, pero también es capaz de ayudar a la fe de los creyentes a purificarse de interpretaciones erradas de la revelación divina. En efecto, como afirmó Benedicto XVI, “la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón para mostrar su auténtico rostro humano”.⁴⁸¹ Al mismo tiempo, la revelación divina —auténticamente interpretada por el Magisterio de la Iglesia— confirma las verdades racionales y rectifica los errores de la razón humana: “La razón necesita siempre ser purificada por la fe, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente”.⁴⁸² Por eso, más allá de presentar un esbozo de las clásicas pruebas de la existencia de Dios, en el capítulo precedente, ofrecemos ahora una síntesis de la especulación filosófica clásica sobre cómo es Dios en sí mismo.

De manera tradicional se habla de la *esencia de Dios* para aludir a *cómo es Dios en sí mismo*, en la medida limitada de cuanto podemos saber una vez que sabemos que existe. Las pruebas de la existencia de Dios⁴⁸³ no son pruebas de tipo científico-positivo, científico-experimental. No son pruebas en el sentido de las ciencias particulares, como la física, la química, la astronomía; ni tampoco son pruebas en el sentido de las matemáticas. A Dios no se puede llegar por el camino de las matemáticas de modo directo, aunque la belleza de las matemáticas, como la de cualquier otro sector del ser, puede ser un punto de partida para elevarse al Ser de Dios. Las pruebas de la existencia de Dios son científicas en el sentido clásico de la palabra: son racionales y rigurosas. Tienen un carácter metafísico, esto es, aplican el principio de causalidad más allá de todos los fenómenos observables. A partir del punto de llegada de las pruebas, que es la existencia de ese Ser al que todos llaman Dios, una reflexión adicional demuestra las características de este Ser Superior, perfecto, que se ha descubierto.

En este tema se ven las convergencias y las distancias que puede haber entre fe y razón, porque, aunque el Dios al que llega la razón natural es el Dios de la fe verdadera (*i.e.*, no es que uno sea el *dios de los filósofos* y otro el *dios de los teólogos*, como dos seres distintos o que pudieran tener características contradictorias), sin embargo, aquello que podemos saber por la fe es muchísimo más que aquello que podemos saber por la razón. Aun así, lo

⁴⁸⁰ Cfr. *Rep.* II, 379c-383c.

⁴⁸¹ Benedicto XVI. *Deus caritas est*, n. 56.

⁴⁸² *Idem*.

⁴⁸³ Cfr. *supra* cap. XXXVIII.

que se puede decir de Dios es siempre muy limitado. Los teólogos a veces hablan de una *teología negativa*, para reafirmar la tesis de que respecto de Dios *es infinitamente más lo que no sabemos que lo que sabemos*. Incluso cuando afirmamos cosas verdaderas respecto de Dios, son verdaderas en un sentido muy distinto —aunque análogo y verdadero— del que esas palabras, descriptivas de diversas propiedades, tienen de forma ordinaria en el lenguaje humano. A este modo de hablar respecto de Dios, consciente de nuestros límites, se lo denomina la *triple vía de la afirmación, la negación y la eminencia*, que consiste en que se toma alguna de las perfecciones creadas —de aquellas que pueden referirse a Dios porque no suponen de suyo imperfección—, se *afirma* respecto de Dios en cuanto reflejo suyo en lo creado, después se *niega* que en Dios se dé esa perfección de la misma manera que se da en las cosas creadas, y, por último, se *eleva* al infinito.⁴⁸⁴

Hay perfecciones que no se pueden predicar de Dios. Por ejemplo, no podemos decir que Dios es pesado o liviano, porque esas características son propias del ser material. No podemos predicar de Dios que tenga fuerza física, porque eso también está dentro del ámbito de lo material. En cambio, hay perfecciones que nosotros podemos ver en las cosas materiales, como la bondad o la belleza, o que se dan en el ser humano, que es material y espiritual, como la inteligencia y la voluntad. Y estas perfecciones no están intrínsecamente atadas a algo material. Por lo tanto, se pueden predicar respecto de Dios, que es espiritual. Podemos decir que Dios es bueno, es bello, es inteligente. Se afirma la perfección, porque, de lo contrario, la conclusión sería afirmar que Dios no es inteligente, o que Dios no es bueno, y eso contradice la misma demostración de la existencia de Dios como ser superior al universo que es efecto de su poder. Después de afirmar las perfecciones divinas, en un segundo paso, tenemos que decir que Dios *no es bueno* como las criaturas son buenas; que *no es bello* como las criaturas son bellas; que *no es inteligente* como los seres humanos somos inteligentes. En efecto, esas cualidades, tal como se dan en la realidad creada, que es la que conocemos de modo directo, son muy imperfectas, nos revelan poco respecto de qué es Dios, y, por lo tanto, es preciso negar que en Dios se encuentren con todas esas limitaciones. Por consiguiente, en el tercer paso se afirma que Dios es súper bueno, súper bello, súper inteligente, en el sentido de que sus perfecciones están más allá de toda medida de lo que nosotros conocemos. La eminencia de las perfecciones divinas justifica de forma racional —no sólo

⁴⁸⁴ Cfr. González, *Teología natural*, cit., pp. 178-181, y García López, *Metafísica tomista*, cit., pp. 586 y 587.

como una cuestión de fe sobrenatural— que aceptemos la sabiduría de los designios misteriosos y dolorosos de la Divina Providencia y del gobierno del mundo.⁴⁸⁵

No obstante este modo de hablar de Dios —el de la teología negativa, que afirma algo de Dios aunque sea más lo que niega—, podemos y debemos afirmar las perfecciones divinas que se apoyan en un punto de partida que es el punto de llegada de las cinco vías de Tomás de Aquino. ¿Adónde llega la primera vía de santo Tomás para demostrar la existencia de Dios? A que Dios es un *acto puro*, es decir, que Él no es algo que esté cambiando; no es un movimiento continuo, sino actualidad continua. Él *está siempre siendo lo que es*, pues, si pasara de la potencia al acto (*i.e.* de no ser algo a serlo), sería movido por otro ser en acto, y eso es precisamente lo que niega la primera vía. Dios está siempre causando el movimiento y el cambio en los demás seres.

Si algo es *acto puro* —es decir, no tiene nada de potencialidad, de poder pasar a ser algo distinto de lo que ya es—, y la metafísica muestra que *acto* significa *ser ahora*, a diferencia de *poder ser pero todavía no ser*, entonces se sigue que la primera de todas las perfecciones divinas, lo que los metafísicos llaman la *esencia metafísica de Dios*, es decir, su *perfección fundamental*, es que Dios es el mismo Ser subsistente en sí mismo. En latín suena muy bien: *Deus est Ipsum Esse Subsistens*. Esta es una cuestión metafísica muy difícil de pensar. Es tan difícil de pensar porque nosotros no conocemos el ser *en sí mismo*, sino que conocemos *cosas* que *son*, que existen, que tienen el ser como aquello que las actualiza de manera radical. Por lo tanto, siempre conocemos modos de ser limitados, cosas limitadas que tienen ser. Conocemos una mesa, un árbol, un gato, una persona humana, un planeta, el sol, una galaxia, pero el ser mismo siempre es algo que le adviene a la esencia de la cosa. Entonces, ¿cómo se podría pensar el ser mismo, sin pensar en una cosa específica que existe? Pues bien, precisamente lo que se está diciendo respecto de Dios, cuando se llega a Él en la primera vía, es que es acto puro. Se afirma así que Dios no tiene ningún modo de ser específico, porque la esencia es potencia; la esencia es potencia de ser, algo que en realidad existe porque existe el ser. La dificultad metafísica estriba en que llegamos a un Ser que solo es ser, y no es algo específico que tiene ser. Dios es ser, es el máximo ser posible; pero no tiene potencia de ser, porque la potencia es imperfección. Esto es lo tremendo de esta tesis metafísica, que Dios es *el mismo ser subsistente en sí mismo*. Todos los demás seres que existen son seres que subsisten en una sustancia que tiene potencia, mientras que Dios no es nada determinado sino puro Ser sin

⁴⁸⁵ Cfr. *Leyes*, IV, 715e-716d.

fronteras que lo definan como esto o aquello. Esta tesis metafísica coincide con la fe, porque, en la revelación judía, ya está presente la misma tesis en el Dios que al parecer rehúsa definirse. En efecto, cuando Moisés pregunta, ante la zarza ardiendo, qué debe decir cuando le pregunten quién lo envía, Dios le dice: “Yo Soy el que Soy”.⁴⁸⁶ Esa respuesta significa: no puedo decirte nada específico que restrinja la plenitud de mi Ser; por lo tanto, sólo puedo decirte que *yo soy*. Es notable advertir cómo coincide la fe, aparentemente sencilla y primitiva de la primera revelación judía, con la cumbre de la razón metafísica. La tesis es mayoritaria en la Escolástica. “La mayoría de los filósofos de la Escuela estiman que el “ser-por-sí” es el constitutivo formal o esencia metafísica de Dios; para lo cual suelen ampararse en la interpretación de un texto de santo Tomás, en el que se afirma que el nombre que mejor conviene a Dios es aquel que le llama “*el que es*” [Cfr. *S. Th.* I, q. 13, a. 11], con lo que se expresa que no “tiene” el ser causado por otro, sino que “es” el ser por sí, el ser subsistente, razón de ser de sí mismo”.⁴⁸⁷

De esta perfección fundamental de Dios, su Ser actual e ilimitado, se siguen las demás perfecciones, que constituyen la esencia divina. Todas son consecuencias de que Dios es acto puro de ser, sin límite.

Mencionemos algunas de esas perfecciones, yendo desde lo más metafísico a lo que más relación tiene con el mundo nuestro.

Que Dios sea puro acto de ser implica que en Dios no hay ninguna división interna. Él es por completo unitario, del todo simple. En los seres creados materiales hay diferencia entre materia prima y forma sustancial,⁴⁸⁸ y esa diferencia no se puede dar en Dios porque implica imperfección, acto y potencia. Por lo tanto, Dios tiene que ser espíritu puro. Los ángeles también son espíritus puros; no tienen materia. Pero en un ángel hay diferencia entre su *modo de ser* —su esencia, pues cada ángel tiene la suya— y el que sea de hecho —el acto de ser, que podría no haber tenido, por ser criatura—. Esto ya implica imperfección, porque el ser está limitado a un modo de ser específico. Por lo tanto, en Dios no puede haber diferencia entre *esencia* y *ser*. Esto se puede decir de una manera más radical: *Dios no tiene esencia*, porque Él es puro ser. La esencia es limitación del ser; es potencia. El ser es acto. Puesto que Dios es puro acto sin potencia (motor inmóvil, causa incausada, etcétera), en Dios no hay esencia.

⁴⁸⁶ Ex. 3: 14.

⁴⁸⁷ Millán Puelles, *Fundamentos de filosofía*, cit., pp. 568 y 569 [he eliminado énfasis en el original]. Cfr. además González, *Teología natural*, cit., pp. 197-200.

⁴⁸⁸ Cfr. *supra* cap. XXIII.

Por eso, cuando decimos que la *esencia metafísica* de Dios es el puro acto de ser, esto es lo mismo que decir que Dios no tiene esencia, sino solo ser. La respuesta de Dios a Moisés, ya aludida, es: “No puedo decirte una esencia mía porque no tengo; soy puro ser, sin ninguna descripción que me limite”. Cualquier cosa que describamos, que definamos, es limitada o delimitada por esa descripción, por esa definición. La respuesta de Dios al hombre que pregunta por la identidad del Dios verdadero es: “Tú no me puedes describir; no me puedes limitar o atrapar en una definición; mi definición es que no tengo definición, porque soy puro ser”. Como los seres humanos tenemos un modo muy imperfecto de comprender, nos parece que, al decir que Dios es puro ser, lo estamos definiendo; pero, si entendemos lo que es definir, que es dar los límites de una cosa, tenemos que darnos cuenta de que aquí estamos haciendo justo lo contrario, es decir, afirmar que a Dios no lo podemos definir.

La simplicidad divina, total, absoluta, del ser puro, va unida a su *inmutabilidad*. Dios no cambia. Cambiar es *pasar de la potencia al acto*. Dios no puede cambiar, porque nada en Él está en potencia de ser algo distinto. Dios causa el cambio en otras cosas, pero lo hace sin cambiar Él mismo. Esto es muy difícil de pensar porque nosotros, cuando causamos, nos movemos o cambiamos nosotros mismos. Dios hace cuanto quiere sin cambiar Él mismo. De ahí se sigue también que *Dios es eterno*. En la imaginación nuestra, la eternidad significa que Dios ha existido siempre en el pasado, existe ahora y existirá siempre en el futuro; pero este modo de decirlo implica un ser que transcurre, y que parte de lo que él es o era queda en el pasado, otra parte de su ser está ahora presente —es Dios ahora—, y todavía le queda algo por ser, que es lo que será en el futuro. Eso implica *cambio*, implica un tiempo que transcurre. Si Dios fuera eso, Dios estaría dentro del tiempo. Por tanto, Dios sería imperfecto. Por eso, para pensar el ser de Dios fuera del tiempo y del cambio, se crea este concepto de *lo eterno*, que no es un tiempo infinito sino la negación del tiempo. La eternidad es un *ahora* en el que se posee todo lo que se es, sin pasado ni futuro. La eternidad es *la posesión simultánea y total de una vida interminable*,⁴⁸⁹ y, por tanto, solo puede existir en Dios. Decir que Dios es eterno no es decir que existió en el pasado y existirá en el futuro, sino que todo lo que Él es *lo es de modo simultáneo*, sin pasado ni futuro, en un presente infinito, porque su ser no tiene límites.

Consideremos ahora lo que podemos pensar de Dios en relación con lo creado. Primero, que Dios es creador, es decir, que ha hecho las cosas de la

⁴⁸⁹ Cfr. *S. Th.* I, q. 10, a. 1.

nada (*ex nihilo*). Al no ser Dios simplemente un ítem más en el universo, sino un ser por completo distinto, el resto de lo que existe tiene que proceder de un acto creador de Dios. No es como una emanación de Dios, como piensan los panteístas, que convierten a Dios en una sustancia que emana cosas, sino que Dios, sin cambiar Él mismo, produce todo de la nada. Es creador y, respecto de la creación, es omnipotente: puede hacerlo todo. De la nada al ser hay un salto infinito. Por ello solo un ser infinito puede crear, y un ser infinito, con un poder infinito, puede hacerlo todo. Cuando se desciende del nivel metafísico al coloquial se plantean preguntas divertidas: si acaso Dios podría hacer una piedra tan pesada que ni siquiera Él pudiera levantarla; si Dios podría mandarle a alguien que hiciera algo malo; y otras cosas por el estilo. Algunas de estas hipótesis suscitan problemas difíciles. Santo Tomás da una respuesta genérica para todo este tipo de problemas: Dios es perfecto, y, por lo tanto, puede hacerlo todo; pero hay cosas que no pueden ser hechas, porque son contradictorias, y Dios no puede hacer lo contradictorio. No es un problema de falta de potencia activa, de carencia de poder infinito, sino que, al contrario, es la otra cara de la medalla de su infinita perfección. Es como si alguien preguntara si Maradona es capaz de fallar un penal. Pues, no, Maradona es incapaz de fallar un penal.⁴⁹⁰ Cuando lo ha fallado es porque lo ha querido, pero por sí mismo no puede fallar. Salvando la distancia —según los argentinos, no es excesiva—, Dios no puede hacer nada contradictorio, igual que Maradona no puede fallar un penal. Dios no puede hacer ni mandar nada malo, porque eso sería contradictorio con su bondad y perfección. Dios es infinitamente bueno. Por eso es asimismo infinitamente bello, pues la belleza es lo que agrada a la contemplación, y la

⁴⁹⁰ La referencia a Diego Armando Maradona sirva de ejemplo imperfecto, puesto que nunca fue en realidad infalible. En Italia 90, Maradona erró, desde los 12 pasos, en la definición a penales contra Yugoslavia en cuartos de final —definición que consagró a Sergio Goycochea como *ataja penales*—, sin perjuicio de anotar en la definición contra Italia en semifinales. Memorable es una de las ocasiones en que el *Pibe de Oro* tuvo dicha responsabilidad, jugando en el Boca Juniors de Carlos Salvador Bilardo (Campeonato de Clausura 1996). Maradona *falló cinco penales consecutivos*. La *nefasta serie* se inició contra Newell's Old Boys en Rosario, con un tiro en el palo; continuó contra Belgrano y Rosario Central, donde se vistieron de héroes Labarre y Castellano, respectivamente; siguió con un tiro en el vertical izquierdo (cuyo rebote aprovechó su compañero Claudio Paul Caniggia) ante River Plate y terminó frente a Racing con una espléndida atajada de Nacho González. Maradona puso término a la lamentable secuencia de errores en el *Apertura 97*, convirtiéndole a Estudiantes de La Plata desde el punto penal. El lector comprenderá que la erudición de esta nota no se debe al autor del libro. Agradezco, pues, a Juan Leonardo Lagos estas aclaraciones fundamentales para la comprensión de la teología natural. En todo caso, me permito añadir de manera modesta que Diego Armando Maradona sigue siendo el ídolo *casi infalible* de los argentinos.

contemplación de Dios agrada. De hecho, esa es la definición que la fe da del cielo: contemplar a Dios cara a cara.

Dios, con su inteligencia infinita, lo conoce todo. Puesto que en Dios no hay diferencia entre su esencia y su ser, ni entre su ser y su obrar, cuando Aristóteles define a Dios como *pensamiento que se piensa a sí mismo*,⁴⁹¹ coincide con lo más alto de la especulación teológica y filosófica cristiana: Dios es su propio pensar. Nosotros tenemos la inteligencia como una potencia distinta de nosotros mismos, que a veces ejercitamos y otras veces no; pero, como Dios es acto puro, no puede tener una potencia que a veces se actualiza y a veces está en potencia. Por tanto, su inteligencia siempre está en acto, y no es distinta de su propio ser. De ahí se sigue que Dios se conoce a sí mismo perfectamente, y tiene que conocer perfectamente todo lo demás; pero Dios no conoce lo demás por adaptar su intelecto a la realidad, como nosotros, que para conocer debemos adaptarnos a la realidad, sino que Dios lo conoce todo *en sí mismo*, como el creador de las cosas. Nosotros conocemos las cosas en sí mismas, adaptando nuestra mente a ellas; Dios, en cambio, conoce las cosas en sí mismo, en Él mismo, en su propia esencia, en su propio ser. Él conoce todo lo que Él mismo crea y hace. Esto es así porque Dios es omnipresente respecto de las criaturas, porque está dando el ser de forma continua. Él crea las cosas, pero no como el gran relojero, que las fabrica, las deja andando y se va, como pensaban los deístas del siglo XVIII. Esto no puede ser, pues la idea metafísica de Dios, a la que se llega por las cinco vías, es la de un Ser que está de forma continua actuando como primer motor de la realidad y causa primera de su ser. Por tanto, si el primer motor y causa primera dejara de estar en contacto con la realidad, la realidad dejaría de existir.

Así como vemos que hay inteligencia en el hombre y tenemos que predicar eso de Dios, vemos también que en el hombre hay una inclinación que sigue a la inteligencia, que es la voluntad, y entonces tenemos que afirmar que en Dios hay una voluntad, un querer. Ese querer de Dios no es una potencia que pueda *estar en potencia*, sino que es su mismo ser, visto desde este otro punto de vista: en cuanto que se inclina a querer una cosa u otra. Dios se quiere necesariamente a sí mismo, puesto que su querer es su ser. Su acto de ser divino es un acto de voluntad infinita. Como el acto propio de la voluntad es el amor, se dice que Dios es un acto infinito de amor. El amor de Dios a sí mismo *no puede ser egoísta*, porque el egoísmo no es el amor a uno mismo, sino el amor desordenado a uno mismo. También nosotros nos

⁴⁹¹ Cfr. *Met.* XII, 9, 1074b30-35.

queremos a nosotros mismos, y eso es bueno. De hecho, el mandamiento de querer al prójimo como a uno mismo y la regla de oro de la moralidad (*i.e.*, hacer a los demás como querríamos que hicieran con nosotros) presuponen *un recto amor de sí mismo*. De manera que, si Dios se ama a sí mismo, y su amor se identifica con su ser, eso es ordenado, no tiene ningún tipo de desorden. Si, por un imposible, el Ser Perfecto quisiera antes o más que a Sí mismo cualquier otra realidad, una creatura, incurriría en un desorden irracional, cometería un pecado: sería un dios malo, como esos dioses paganos que cometen adulterios y mentiras.

La voluntad divina es por completo libre respecto de todo lo que sucede en el universo creado. Por eso Dios podría no haber creado nada, y de todos los universos posibles puede crear cualquiera. Ha habido un gran debate filosófico sobre si Dios ha hecho el mejor mundo posible o no. Leibniz pensaba que, como Dios es perfecto, tuvo que haber hecho *el mejor mundo posible*, puesto que, si hubiera hecho un mundo menos perfecto que el más perfecto posible, eso revelaría imperfección por parte de Dios. Dios habría omitido el bien perfecto, y eso sería una imperfección. Santo Tomás de Aquino pensaba todo lo contrario. Puesto que sólo hay un ser perfecto, no es posible crear el mejor mundo posible. Es contradictorio, por lo cual Dios no puede crearlo. En efecto, cualquier cosa que Dios cree va a ser imperfecta, ya que, por ser creada, es limitada, dependiente: un modo de ser actualizado por el acto creador de Dios. Entonces, entre esa cosa —un universo entero— y Dios mismo va a haber una distancia infinita. Por tanto, siempre podría crearse algo más perfecto. Luego, el mundo en realidad existente siempre será menos perfecto que algún otro mundo posible. *El mejor mundo posible es imposible*. Esta es la respuesta de santo Tomás a la tesis de Leibniz, desde el punto de vista argumental, no cronológico, puesto que el Aquinate (siglo XIII) es anterior a Leibniz (siglos XVII-XVIII).⁴⁹² La tesis de santo Tomás es más compatible con el hecho de que nosotros podríamos imaginar mundos posibles más perfectos que el que tenemos, como a veces hacemos cuando pensamos en el paraíso —lo que hubiese sido el mundo, si no hubiera existido el pecado original—, o en el cielo. Por tanto, en la imaginación cristiana está la idea de que este mundo no es el mejor mundo posible; al contrario, es bastante imperfecto, pero tiene algo en especial bueno, que Dios ha querido, que es la criatura humana con la libertad creada, que explica en parte las cosas malas que hay en este mundo: nuestra miseria y nuestra grandeza.

⁴⁹² Sobre Leibniz, *cf.* Fernández y Soto, *Historia de la filosofía moderna*, *cit.*, p. 139, y Reale y Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, *cit.*, t. II, pp. 403-405.

De modo que hay voluntad en Dios, y la voluntad divina se identifica con su ser, es libre respecto de las criaturas y dirige a las criaturas mediante un plan que es la Providencia Divina.

Dios es creador, conserva las cosas y las ordena hacia el fin último del universo. Este orden se llama la Providencia Divina y su ejecución es el gobierno divino del mundo. Afirmar la Providencia Divina, decir que Dios es providente y que es gobernador del mundo, es lo mismo que decir que su inteligencia infinita contiene el plan del progreso de todo el universo hacia el fin último, y que lo ejecuta de manera continua. Entre la Providencia y el gobierno divino hay una diferencia, que es que la Providencia está solo en la mente divina, como el plan de todo lo que existe, mientras que, para el gobierno divino, Dios se puede valer de las criaturas, como causas segundas. Unas criaturas pueden gobernar a otras. Por eso se dice, en la doctrina cristiana, que todo poder viene de Dios, y que los gobernantes son ministros de Dios para el gobierno de la comunidad que les toca gobernar.⁴⁹³ Esta tesis metafísica fue interpretada, por algunas personas de algunas épocas pasadas, en el sentido de adscribir al poder humano un carácter divino en el sentido de supremo y absoluto; pero significa, en realidad, todo lo contrario: es una participación del poder de Dios, al que se ha de someter. Antes de esta concepción de Dios, en muchos pueblos se pensaba que los mismos gobernantes eran dioses, y eso a los gobernantes les convenía mucho. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los japoneses pensaban que su emperador era un dios. En cambio, esta concepción cristiana del gobernante como alguien que participa del gobierno, pero que está al servicio de un gobierno divino que es superior, en realidad le quita el carácter de poder divino al poder humano. Lo desdiviniza, porque el gobernante está al servicio de un bien que él no inventa, al servicio del bien común. Por eso, si el gobernante se aparta de la regla moral, si es injusto, si es tiránico, en casos extremos puede haber el derecho de rebelarse contra él, usando la fuerza de las armas.

La Providencia Divina es perfecta. Nada se le escapa. Por eso, el mal en el mundo, como el sufrimiento de los inocentes, es un gran misterio (*mysterium iniquitatis*), para el cual *no hay una respuesta racional convincente o plenamente satisfactoria*. Desde el punto de vista de la razón, lo único que sabemos es que no sabemos, que no se entiende cómo puede ser el orden de la Providencia Divina compatible con el mal, en especial con el mal moral. Sabemos que Dios es infinitamente perfecto y moralmente bueno, y que es providente, por lo cual sólo puede tolerar el mal en la medida en que puede sacar de

⁴⁹³ Cfr. Rom. 13: 1-7 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1884.

él un bien mayor para todo el universo y de modo especial para las criaturas racionales. Sin embargo, cuando uno sufre el mal o cuando contempla atónito el indecible sufrimiento de los inocentes, esa explicación, sin duda muy racional, no nos quita el sufrimiento, ni el desconcierto. No disipa el misterio; no aminora la tentación de rebelarse o de entregarse al nihilismo. En cierto sentido, la explicación lógica de cómo es compatible el mal moral que hay en el mundo —la iniquidad—, que de ninguna manera es causado por Dios, no proporciona una verdadera comprensión de la sabiduría que se esconde tras unos planes misteriosos. La convicción cristiana de que el plan divino termina bien, de que el mal no tiene la última palabra, se apoya en todo el conjunto de la fe: desde la concepción de Dios Creador y Padre hasta la confianza en la resurrección de los muertos, el premio eterno para los elegidos y el justo castigo para los hombres inicuos, la nueva creación en la recapitulación de todas las cosas en Cristo. Todo esto excede las fuerzas de la razón natural.⁴⁹⁴

⁴⁹⁴ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 37 y 302 y ss.